

—Tienes unas cosas de á céntimo, mujer,—la dijo,—y como sigas así te respondo de que cuando menos lo pienses, te vas á encontrar con un par de bofetadas á cuenta, y me parece que otras las merecen menos.

Acercóse Pedro al puesto de Rosa, y como no le fue posible dominar su turbación, limitóse á transmitir la oferta de su madre.

—Confío en que aceptaréis nuestra oferta, que es hija de la amistad que os profesamos.

Bajó la voz y apresuróse á añadir:

—El domingo iréis á vernos y entonces podremos hablar, lo que hoy no puedo hacer, porque tengo mucha prisa.

Miróle Rosa y observó que estaba conmovido, teniendo, además, los ojos empañados por las lágrimas prontas á escaparse de ellos.

—Sí,—contestó,—os prometo que iré, señor Pedro.

No se atrevió éste á darle la mano, saludándola con un amistoso movimiento de cabeza y se alejó apresuradamente como si estuviese abrumado por los negocios.

XVIII

Al retirarse Jorge de Kerhoët á su cuarto después de separarse de su padre, hallábase en una situación de ánimo fácil de comprender, pues el misterio cuya existencia había

sospechado, habíase desvanecido á sus ojos.

Á la manera que una estatua cae de su pedestal y rueda al abismo, caía en él la mujer á la que trataba con profundo respeto, amaba con entrañable cariño, y de la que estaba orgulloso, como se puede estar á los veinticinco años, de una madre digna de todas las consideraciones que llega á ser el ídolo de la juventud. En su caída arrastraba ese ídolo la fe y entusiasmo de Jorge por el bien, ¿de quién fiarse en adelante, puesto que ni siquiera le estaba permitido creer en la virtud de su madre?

Encerrado en su habitación paseóse presa de nerviosa agitación, moviéndose precipitadamente unas veces para contemplar con dura mirada el retrato de la Condesa, cuadro admirable que representaba á ésta en todo el esplendor de su belleza peregrina.

Valentina había cambiado muy poco y conservaba su rostro ovalado, sus encantadores contornos, rojos labios, frente despejada y cejas arqueadas como las de una diosa. Miró con ira ese rostro admirable, y por un momento experimentó grandes deseos de rasgar el lienzo; empero al poco rato sobrevino la reacción y retrocedió ante semejante sacrilegio, arrojando sobre la mesa el cuchillo, un precioso puñalito japonés que cogiera de encima de la chimenea.

Después de pasar una noche de insomnio, levantóse muy temprano, salió de Morville haciendo el menor ruido posible para no llamar la atención, y á pie se dirigió hacia

Trouville. Llegó á este sitio, vagó largo rato por la playa esperando que llegase la hora de la entrevista solicitada por la señorita Restaud. Por el entarimado que sirve de acera circulaban numerosos paseantes, viéndose allí preciosos tocados y caras muy lindas, que, si bien atraían las miradas de Jorge, no conseguían distraerle de sus sombrías cavilaciones.

Habiase vuelto de pronto, y no obstante de ser la personificación del carácter amable, jovial y conciliador por excelencia, en un hipocondriaco y misántropo, que envolvía á toda la especie humana en el mismo desprecio experimentando hacia ella los mismos recelos. Pasó por delante del camino, y cerca de su puerta, iba tan distraído, que casi tropezó con un paseante que seguía una dirección contraria. Levantó la cabeza y reconoció al marqués de Breynes y ambos saludáronse, pero por parte de Jorge con alguna cortedad. No acertaba á explicarse por qué sentía, tratándose del marqués de Breynes, una antipatía instintiva; no le gustaba su compañía, y ese sentimiento del que antes no se diera cuenta, tenía entonces una cuenta justificativa.

El Marqués era pariente y amigo del conde de Rouévres, su compañero en las orgías, su confidente, quizás su cómplice.

—¡Cuánto madrugáis!—dijo el Marqués.

—¿Y vos?

—Me paseo.

El Marqués mentía ó á lo menos ocultaba

una parte de la verdad, porque su paseo tenía un objeto determinado, habiendo salido tan temprano para adquirir algunas noticias que creía podían serle de gran utilidad.

He aquí lo que había ocurrido la víspera.

En la conversación que la duquesa de Rouévres sostuvo con la señorita de compañía de la duquesa de Kerhoët, la prometió que guardaría el secreto y que no hablaría á nadie de ella. Pero era mujer y ese secreto pesábala de un modo extraordinario, y la historia de Marta parecióla tan extraña y tan conmovedora, que experimentó la necesidad de comunicar á los demás las emociones que sintiera al escucharla. ¿Y qué medio mejor para conseguirlo que contar á su vez esa historia? Creyó que con hacerlo no cometía ninguna indiscreción.

Al regresar de Morville, en compañía de su sobrina y del Marqués, manifestó, sin nombrar á la joven ni designarla con toda claridad, que estaba enterada de una aventura extraña, palpitante, la historia de una pobre niña sin apellido, pero que debía á la cuenta pertenecer á rica y elevada familia.

El marqués de Breynes se puso á escuchar con toda su atención, y lo mismo que un sabueso que busca caza, estudió cuál era la dirección del viento y buscó la pista.

—¿Dónde estaba esa huérfana que no tenía apellido?

Con una de esas sonrisas enigmáticas que muchas veces son más indiscretas que las palabras, indicó la Duquesa que no estaba

muy lejos, sino en los alrededores, muy cerca de ellos. Y es más que seguro que si la hubiesen hecho alguna indicación referente á Morville habríale dominado la tentación de gritar:

—¡Que os quemáis!

¿Quién podía estar enterado allí de lo que pasaba? El Médico. ¿No es éste el confidente natural de todas las familias?

En su visita el Marqués se propuso hacer sus pesquisas por ese lado, y por la noche, acordándose de las palabras de la Duquesa y meditando acerca de su significado, ocurriósele de pronto una idea. Acordóse de la comida de Morville, y que precisamente había estado sentado al lado de la lectora de la Condesa, habiéndole llamado mucho la atención el porte distinguido de la joven y sobre todo su instrucción. La reserva de la joven excitó también su curiosidad, ¿sería de ella de quien quiso hablar la Duquesa? Era lo más probable que sí.

No estaba enterado de ningún detalle de lo ocurrido entre la Condesa y el Duque, porque éste, al menos en aquella ocasión, tuvo el pudor del silencio. En cambio parecióle que en la vida del Almirante debía haber algo extraordinario y que era el héroe de un drama desconocido, y tal vez esa joven era la causa de la separación de los esposos separados de hecho, si no de derecho.

Excitada en alto grado su curiosidad, resolvió el Marqués estudiar á fondo el asunto hasta ponerlo en claro con todos sus deta-

lles. Hay secretos cuya posesión equivale á una fortuna, y el Marqués, por su parte estaba dispuesto á explotar cuantas minas se le presentasen obligándole á hacerlo la más imperiosa de las necesidades. Había heredado de sus padres un patrimonio que se podía calificar de rico; pero en poco tiempo desaparecieron prados, bosques y granjas y á éstas siguieron dos casas situadas en París, y á los treinta y cinco años el Marqués estaba completamente arruinado.

Las citaciones caían sobre él como un diluvio y había apelado á todos los expedientes conocidos para evitar sus consecuencias, y hasta entonces consiguió de milagro escapar á la catástrofe final, al embargo, y no obstante, arrostraba la tormenta haciéndola frente con notable intrepidez. El señor Durand, su Notario, habíale cerrado la caja. Acercábase por momentos la catástrofe, y el Marqués lo comprendía; iban á hacerse públicos sus apuros, y después del escándalo, de la ruina y de llevarse á cabo la venta de su hotel y de sus lujosos trenes, lo mismo que de los últimos restos de su, en otros tiempos, pingüe fortuna, el mal sería irremediable, porque era la sepultura, el entierro. El hombre que cae tan bajo no consigue elevarse nunca.

El Marqués quiso apelar á un matrimonio de conveniencia, esa última carta que juegan los que, como él, se hallan arruinados, pero fue en vano. Por una de esas extrañas fatalidades que á veces se ven, no habían

caído en las redes ni las hijas de los comerciantes enriquecidos, ni las judías de la banca y del agio, ni las viudas de la opulenta clase media, no obstante de las buenas disposiciones del pretendiente para pasar por todas las apostasias con tal de conquistar una buena dote.

Los espejuelos de su título no atrajeron ninguna alondra, ya porque tuviesen noticias de su próxima ruina, ó bien porque los blasones de Marqueses, Condes y Barones, tan seductores para la vanidad femenina estuviesen en baja, y sus diligencias no produjeron ningún resultado.

Acompañó á su amigo á Deauville, y allí se entregó á sus meditaciones para salir del apuro, y no encontró medio alguno, pareciéndole que era imposible la salvación.

Habíale dotado la Naturaleza de un espíritu ingenioso y fértil en expedientes; pero había usado tantos, que se veía acorralado ante una jauría de implacables acreedores, prontos á destrozarle con sus afiladas dentaduras. Por esa razón asióse con la desesperada energía de los naufragos á la tabla que sin querer arrojábale la Duquesa.

—¿Conocéis al doctor Montel?—preguntó sin más preámbulo á Jorge.

—Sí, mucho.

—¿Qué clase de hombre es?

—Uno como todos los demás.

—¿Qué edad tendrá?

—La de mi padre, probablemente unos cincuenta y tantos años.

—¿Es muy amigo del Almirante?

—Sí, mucho, son compañeros de la niñez y juntos fueron al colegio.

—Según tengo entendido, ese Médico goza de gran consideración en el país.

—La merece, porque es un hombre digno, para el que el honor es lo primero, inflexible, tratándose de principios de probidad, y muy desinteresado además.

—Entonces es un fénix.

—A fe mía que por tal le tengo; esa es la calificación. Nació aquí y volvió á establecerse después de terminados sus estudios.

—¿Es un sabio?

—Tan sabio como modesto.

—¿Le quieren mucho en Morville?

—Muchísimo.

Respondió Jorge lacónicamente á las preguntas del Marqués como pudiera haberlo hecho una persona que desea abreviar una entrevista, quedarse solo para respirar á sus anchas y entregarse á sus meditaciones.

Comprendió así el Marqués aparte de que ya había conseguido lo que deseaba, y estrechando la mano de Jorge y pretextando que tenía que hacer, se alejó. Apenas había recorrido diez pasos cuando se acercó otra vez á Kerhoët.

—Se me olvidó,—dijo,—preguntaros en dónde vive ese hombre tan notable.

—¿Deseáis verle?

—Tengo que consultar á un Médico y vale más que ya que es tan bueno lo haga á ese.

—Así es. Seguid en línea recta hasta Tou-

que y en seguida tomáis el primer camino que encontréis y que se dirige hacia el río, allí veréis una casa con muchos rosales trepadores, aquella es.

—Gracias.

—Cualquiera os dirá cuál es.

—Adiós.

—Adiós.

Jorge sacó el reloj, iban á dar las diez.

—Llegaré tarde quizás,—se dijo.

Dirigióse con rápido paso hacia el sitio en que se hallaba el barco que sirve para atravesar la embocadura del río y tuvo la suerte de hallarlo en su sitio. En pocos minutos llegó Jorge á la otra orilla, y dando la vuelta por la Aduana se dirigió hacia la explanada, limitada por un gran muro de defensa hasta el que en otros tiempos llegaba el mar y que ahora sólo sirve de límite á un inmenso desierto de arena y conchas. Era la hora del baño, y de las *villas* y hoteles alineados al lado de la terraza salían legiones de mujeres y de niños que se perdían en ese arenoso desierto para ir á buscar á la distancia de un kilómetro á ese mar caprichoso que se aleja cada día más de los palacios construídos en su honor.

Atravesó Jorge por entre esa muchedumbre saludando á las personas conocidas que hallaba al paso, y al llegar al extremo de la hilera de casas detúvose ante un palacio estilo Enrique IV rodeado de diminuto y precencioso parterre. Aquella era la residencia de la duquesa de Rouévres, un castillejo de

decoración de ópera cómica y al que rodeaba un muro terminado por una balaustrada de mármol blanco. En el piso principal estaba abierta una de las ventanas, y por entre el marco formado por las flores entrelazadas á los hierros y que cubrían las paredes le pareció ver el rostro diáfano de la señorita Elena, que saludó con una sonrisa al recién llegado. Hizole una señal para indicarle que bajaba inmediatamente, y á los pocos segundos se presentó y cogiéndose del brazo de Jorge murmuró con mucha timidez:

—¡Gracias por haber venido!

Arrastróle hacia la playa añadiendo:

—Aquí, entre tanta gente, estamos tan solos como si nos hallásemos en el Sahara.

Creyó Elena que podía estar segura del éxito, y que la presencia de Jorge en aquellos lugares era una prueba de que la amaba. Dirigió á éste una mirada que habría bastado para inspirar compasión á una dura peña, pero éste hallábase en una situación de ánimo tan extraña, en una de esas horas en que las resoluciones más enérgicas dominan al hombre y éste toma un partido, que no le hizo ninguna mella. Entre él, y cuanto de cerca ó de lejos tocaba al Duque de Rouévres, no podía existir en adelante ningún lazo de unión.

—Vine hasta aquí, Elena,—dijo,—porque considero como un deber poner en claro cuanto hace referencia á nuestra situación, precisando ésta de una manera que no deje lugar á ninguna duda. Confieso que os amé

sinceramente, y en adelante podréis contar siempre con mi amistad.

—¿Decís con vuestra amistad, Jorge?

—Sí; esta noche ocurrió un acontecimiento que trastorna por completo mi vida, y ese suceso nos separa para siempre.

—¿Qué decís?

—No me pidáis explicaciones que no puedo daros, porque se trata de un secreto que no me pertenece. Mi voluntad depende de otra cosa superior á mí, está encadenada y no soy libre.

—¡Ah!—exclamó Elena.—¡Lo presentí! No me perteneces, amas á otra.

Sonrióse amargamente Jorge oyéndola expresarse de ese modo.

—Lo que decía está muy lejos de la verdad, pero si os obstináis en creerlo no seré yo quien intente disuadiros. Lo único que temo es que algún día lleguéis á sospechar la verdad, si bien gracias á Dios, espero que jamás la conoceréis.

—¿De modo?...

—Que en adelante seré para vos el más adicto y fiel de vuestros amigos, y nunca podré olvidar que siempre os mostrasteis conmigo amante y generosa. No me exijáis nada más.

—¿Os casaréis con otra mujer?

Encogióse de hombros y estaba dispuesto á contestar.

—Las desprecio demasiado á todas para que se me ocurra el pensamiento de unir mi suerte á ninguna, así sea la más pura.

Contúvose á tiempo, sin embargo.

La señorita de Restaud se puso descolorida.

—¿De modo,—dijo apretando los dientes y temblándola las manos,—que todas las palabras de amor que me dijisteis eran falsas y vanos vuestros juramentos y protestas? ¡Me habéis engañado odiosamente!

—También yo me engañé, ¿no os he dicho que os amaba sinceramente?

—¡Palabras!

—Palabras no, verdades sí. No tratéis de averiguar de qué naturaleza es el obstáculo que se eleva entre nosotros; no debéis conocerlo nunca, y el honor me prohíbe daros la menor explicación.

—¡El honor!—replicó Elena poniéndose lívida.—¡Y á mí qué me importa el honor de los demás, si el mío está irrevocablemente perdido! Sí, ese honor, que vale tanto como el de un hombre, no podía revivir más que con la condición de que le pusieseis á cubierto con vuestro apellido.

—¿Cómo?

—Sólo podía salvarse gracias á un casamiento que deseaba con toda mi alma, no por interés, sino por cariño, porque yo os amo con toda la vehemencia de que es capaz mi alma... Si, sólo podía salvarse así, sobre todo si...

Calló Elena sofocándola la vergüenza que la daba el tener que hacer la confesión á que sus labios se negaban.

—Decidlo de una vez.

—Si... llegaba á ser madre.

Separó bruscamente su brazo del de Jorge, y se cubrió la cara con las manos.

Jorge retrocedió un paso.

—¡Desventurada!—murmuró.

—¡Si, muy desdichada!—balbuceó Elena entre sollozos.

—¡Vamos, lo que dices es imposible y lo haces para probarme!

—Ojalá que fuese así...

—Vaciló Jorge como si la locura ó la embriaguez del odio que se apoderara de él durante la pasada noche se le subiera al cerebro.

—¿Comprendes ahora,—dijo Elena apoyándose en su brazo porque estaba muy débil para sostenerse,—cuáles son mis temores ante tus vacilaciones? Durante algunos meses podré disimular mi estado, pero, ¿y después? ¡Qué humillación! ¡Qué vergüenza!

—¡Elena!

—¿Crees, por ventura, que soy capaz de sobrevivir á mi ignominia? Es cosa para matarse por cualquier medio, levantándome la tapa de los sesos como un jugador que lo ha perdido todo... como mi padre,—añadió con creciente irritación.—Mi suerte está en tus manos; óyeme, te amaré toda mi vida, tus mejores deseos serán leyes para mí, ¿en dónde encontrarás una amante más sumisa y más fiel? ¡Sálvame, Jorge! ¡Es imposible que comprendas cuán grande será mi reconocimiento á cambio de la salvación! ¡Serás mi amo, mi Dios, pero dame la hon-

ra, que es más que la vida! ¡Si te niegas te juro que me mataré á tus pies!

Expresábase Elena con gran vehemencia y temblándola mucho la voz, y á pesar de todo eso no consiguió herir la fiebra sensible del corazón de su amante. ¿Qué hacer?

Comprendió Elena que vacilaba y quiso intentar el último esfuerzo para triunfar.

—¡Ya verás qué felices somos!—dijo.—Nada más fácil que ocultar los indicios de esa falta, y durante el invierno viajaremos solos por esa Italia en que se sabe amar tan apasionadamente. El día en que regresemos á París, en donde solo tendré ojos para tí, ¿quién pensará en pedirnos cuenta de lo que pasó allá abajo? ¡Por Dios, no me abandones, Jorge, y á no ser por la gente que nos rodea, ya estaría de rodillas á tus pies suplicándote! ¡Respóndeme! ¡Dime que consientes! ¡Que quieras que sea tu esposa ya que todo lo sacrifiqué por tí!

No contestó Jorge.

—¡Oh!—murmuró Elena.—¡Veo que es inútil que me humille y me baje tanto! ¡Estoy condenada sin apelación!

Si Jorge se hubiese vuelto hacia la joven habría podido observar en los ojos de ésta un fulgor extraño, una llamarada que iluminaba á intervalos los ojos de la señorita Restaud que comprendió que no iba á conseguir nada, y las amenazas estaban prontas á salir de sus labios.

—¡Ah!—exclamó Elena hollando con rabia el suelo porque el silencio de Jorge la

ponía furiosa. — ¿Qué es lo que hay entre los dos?

Al oír esta pregunta irguióse Jorge.

¿Qué había? ¡Y se lo preguntaba!

Era una revancha; los Rouévres habían perdido á su madre y el hijo les devolvía la deshonra.

¿Podía olvidar el largo y cruento martirio del Almirante?

El honor, sin embargo, reñía aún su última batalla, y de allí nacían las dudas de Jorge.

Era éste demasiado caballero y digno para decir brutalmente de buenas á primeras á la joven, á la que había amado, y que con acento quejumbroso le imploraba, *¡sálvame!* que la dejaba abandonada á su suerte.

Habíanse acercado lentamente al mar, y las olas deshacíanse blandamente á sus pies.

Jorge estaba quizás dispuesto á ceder, pues era demasiado débil y generoso para destrozar un corazón cuya inmensa desesperación comprendía fácilmente; pero en el mismo momento en que iba á dejarse arrastrar por ese impulso de generosidad, vió al duque de Rouévres que se dirigía hacia donde ellos estaban con la ligereza y el aspecto de un joven; traje claro, una rosa en el ojal de la americana y un delgado bastoncillo en la mano.

Al verle apoderóse otra vez la cólera de Jorge.

— Viene gente, dijo.

— Elena bajó la cabeza.

— Esta noche os enviaré una carta.

Mientras tanto el Duque se acercaba.

— Queréis escribirme, — dijo Elena, — porque no os atrevéis á decirme una palabra. ¡Qué infamia!

— El mundo está lleno de ellas.

Estremecióse Elena porque el dardo dió en carne viva.

Saludó Jorge al Duque con su acostumbrada cortesía, dió algunos pasos en su compañía por la playa, pretextó la hora y se alejó dejándole con Elena.

— ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy, querido tío!

— ¿Se niega?

— Vacila al menos; ¡todo está perdido!

— ¡Aún no! — contestó el Duque de Rouévres. — Esperemos, y después de todo, ¿qué daño causaría si no se casase?

— ¿Y si yo estuviese enamorada de él?

— ¡Juventud! — exclamó jovialmente el Duque. — Ahí tienes tus debilidades. — Inclínóse hacia su sobrina y en voz baja añadió: — ¡Y yo que te creía más fuerte!

Elena sólo respondió con un suspiro.

XIX

El marqués Roberto de Breynes era un hombre de acción y de esos que una vez concebido un proyecto no tardan mucho en ponerlo en práctica.